

INTRODUCCIÓN

Abordar un estudio sobre los orígenes históricos de Madrid no es un camino fácil. La primera dificultad es la escasez de información escrita. Desde su nacimiento en el siglo IX, Maýrit no pasó de ser un asentamiento de pequeño-mediano tamaño, con apenas presencia en el devenir histórico de al-Andalus, con un territorio de influencia bastante limitado y siempre a la sombra de la gran ciudad del centro peninsular: Toledo. Ello impidió que los cronistas musulmanes se detuvieran en describir el asentamiento madrileño, mostrando mayor interés en alabar las maravillas de la antigua capital visigoda, de Granada o de Córdoba. Su conversión en villa castellana a finales del siglo XI trajo consigo un aumento de la documentación escrita, aunque esta no será sustancial hasta prácticamente cuatrocientos años después. Hay que enfrentarse a los seis siglos comprendidos desde su fundación hasta mediados del XV con una disponibilidad de fuentes escritas bastante limitada.

En historia, cuando no se encuentran palabras, hay que buscar materiales. El número de intervenciones arqueológicas en el área originaria de Madrid ha sido considerable, sacando a la luz una importante cantidad de materiales y estructuras de gran valor informativo. Sin embargo, también ha sido considerable la pérdida del legado medieval a lo largo de los siglos. Las continuas remodelaciones de su casco antiguo para adaptarlo a las necesidades que iban surgiendo desde la implantación de la corte y posterior capitalidad han borrado casi completamente la huella material dejada por la sociedad madrileña medieval, callando en buena medida la información que podrían haber ofrecido su superficie y subsuelo.

Con la decisión de Felipe II de establecer la sede administrativa de su imperio en territorio madrileño, se puso en marcha una política encaminada a adaptar la villa a su nueva realidad, remodelando completamente el espacio urbano con un doble objetivo: funcional y estético. El primero buscaba dotarla de infraes-

estructuras apropiadas para las nuevas exigencias que la corte imperial requería en una localidad que ¡carecía incluso de una sede propia para el Gobierno civil! Por su parte, desde el punto de vista estético, se pretendía adecuar la hasta entonces modesta arquitectura madrileña a los nuevos gustos grandilocuentes y situarla a un nivel acorde a la categoría que le aportó la capitalidad de un imperio (Segura, 2008b, p. 53). La consecuencia fue la demolición de gran parte del mobiliario medieval, considerado inútil o demasiado sencillo.

Pero no hay que echarle toda la culpa al Habsburgo: la ola destructiva contra todo lo medieval se prolongó a lo largo de las centurias siguientes, al calor del continuo crecimiento y remodelación del casco antiguo de la ciudad: «...lo más destas antiguallas se ha echado por tierra y allanado para ornato y comodidad de la vivienda destos tiempos», escribía el cronista madrileño Jerónimo de Quintana hace cuatro siglos (1628, p. 4). Quizá el paradigma de esta destrucción llegó con el derrumbe en el siglo XIX de la iglesia de Santa María de la Almudena, el templo cristiano más antiguo que conoció Madrid y heredero de la antigua mezquita de la medina.

El lamento que pudieran provocar estas destrucciones históricas se transforma en indignación ante la falta de interés hacia el legado material medieval y el deterioro total o parcial que sufrió durante el siglo XX e incluso durante la actual centuria, cuando hay ya una conciencia y una legislación dirigida a preservar el patrimonio histórico-cultural. La desidia por parte de las autoridades nacionales y municipales ha provocado el menoscabo, en alguna ocasión irremediable, de lo poco que se había conservado de los orígenes de la ciudad. La construcción de un edificio de viviendas de muy dudoso gusto sobre parte del lienzo de la muralla islámica en la década de 1960 —pocos años después de ser catalogada como Patrimonio Nacional— constituye quizá el ejemplo más claro de ese desinterés por parte de las autoridades. Pero no es el único. Un paseo por una de las calles de la actual plaza de Isabel II basta para observar el deterioro que está sufriendo el lienzo de la muralla del siglo XII, visible en un solar aparentemente abandonado. En definitiva, la destrucción secular ha menoscabado el pasado material y con ello la información que sobre los orígenes de Madrid podría habernos aportado.

Esa dificultad que nos presentan las fuentes contrasta con la amplísima bibliografía sobre el pasado de la ciudad; posiblemente, ser durante siglos la capital del Estado haya generado un gran interés por parte de la investigación histórica. Igualmente, la tendencia hacia los estudios de carácter local en la historiografía española ha contribuido a engrosarla, teniendo en cuenta la gran cantidad de historiadores e historiadoras que cada año forman las universidades madrileñas.

La Edad Media no es precisamente la fase histórica que más volúmenes ha producido. A pesar de ello, se cuenta también con una considerable cantidad de estudios, lo que parece dibujar un panorama alentador. No obstante, hay que matizar esta afirmación. La bibliografía adolece de una serie de problemas de diversa índole. El primero de ellos es el de arrastrar todavía hoy una serie de secuelas heredadas de la historia *oficial*, creada con el principal objetivo de ennoblecer el pasado la villa desde la implantación de la corte. Esa oficialidad fue creando todo un abanico de verdades absolutas, que en su mayor parte no fueron más que el fruto de la imaginación de quienes la escribían. Algunas de estas verdades aún no han sido completamente erradicadas y permanecen latentes en espera de resurgir ante el más mínimo indicio. Me refiero, fundamentalmente, a un teórico pasado preislámico.

El estudio del Madrid en la Edad Media implica una revisión de la suma de leyendas, trabadas en los siglos XVI y XVII, como artificioso modo de enriquecer la progenie de la villa, inventándole antecedentes ilustres. Tantas fábulas y mitos, por no decir patrañas, urdidas en los cricones y mezcladas con las crónicas, se desvanecen con el estudio del Madrid medieval. (Aguinaga, 2003, p.6)

Otro de los problemas de la bibliografía es el déficit de estudios para los primeros siglos de la historia madrileña. La gran variedad de trabajos sobre el siglo XV en adelante contrasta con una escasa cantidad de obras sobre el periodo islámico y los primeros siglos cristianos. La celebración del octavo centenario del Fuero de 1202 palió en cierta medida ese déficit y amplió la bibliografía disponible sobre el siglo XII y comienzos del XIII. Se hace imprescindible, por tanto, indagar más sobre estas primeras fases para conocer mejor la historia de Madrid. La menor disponibilidad de fuentes no puede ser óbice para intentar arrojar más luz sobre esos primeros siglos.

Un paso esencial para ir solucionando esa deuda es desechar definitivamente la idea de que las comunidades musulmana y cristiana de la península ibérica constituyeron dos universos completamente diferentes, que solo tomaban contacto a través de la guerra o por intercambios intelectuales. La pervivencia de esta idea probablemente explica la tendencia de estudiar el pasado islámico y cristiano de una ciudad de manera separada. Ello crea una especie de barrera entre ambas realidades, solo rota por influencias recíprocas entre las élites culturales y políticas, minusvalorando además las producidas entre las clases populares. En muy pocas ocasiones se ha intentado abordar el periodo de transición, la fase

de la transformación de una sociedad bajo autoridad islámica en otra bajo dominio cristiano. La escasez de estudios dedicados a ese periodo de transición se debe, quizá, a que se ha dado por sentado que tras la conquista cristiana la mayoría de ciudades quedaron vacías o semivacías de población musulmana, lo que significaría el inicio de una fase (casi) completamente nueva. Quizá Granada es la única que parece romper con esa idea. Pero ¿fue una ruptura tan marcada para el resto de las ciudades?

En ese camino tan difícil del que hablaba al inicio existen aún hoy muchos interrogantes. La falta de fuentes obliga a que el conocimiento del origen de la villa se construya a partir de un conjunto de hipótesis que van creándose, ampliándose, modificándose e incluso abandonándose, configurando así una historia en continuo movimiento. Se genera de esta manera un campo propicio para debates y discusiones que sigan enriqueciendo el conocimiento sobre una cuestión concreta y sobre todo el cuadro en su conjunto. Hay que tener presente que todo conocimiento científico se basa en la confrontación de teorías, de la que saldrá aquella que durante un tiempo se considerará como válida, hasta que otra nueva teoría la sustituya o la acabe enriqueciendo.

No obstante, aunque hay teorías sobre los orígenes madrileños que no parecen albergar posibilidades de dudas, no se cuenta con suficiente información como para establecer una teoría aparentemente irrefutable. Madrid nació de manera oficial bajo el mandato de Mohammed I (823-886), quien ordenó la construcción de un castillo como parte de su política de reorganización de la Marca Media. Fue en la década de 860 cuando se levantó la fortaleza que daría origen a la medina de Mayrit sobre una colina de 640 metros de altura sobre el nivel del mar, flanqueada por dos arroyos que formaban sendos valles en las laderas norte y sur. Desde su elevación, dominaba la gran explanada que se extendía por el este y noreste, por donde, adentrándose unos cuantos kilómetros, aparecían los primeros dominios castellanos. Al sur de esta colina se levantaba una segunda elevación que albergaba los principales arrabales de la medina. Un esquema que repite el modelo típico de esa Marca Media: Alcalá de Henares, Calatalifa, Paracuellos de Jarama, Ribas de Jarama, Olmos, Canales y, al otro lado del Tajo, Vascos (Retuerce, 2004, p.84 y Mazzoli-Guintard, 2011, p.29). Así lo informan las fuentes árabes y las crónicas castellanas no parecen contradecirlas. Con Mohammed I, por tanto, Madrid entraba en la historia escrita.

Pero inmediatamente después surge un primer debate: ¿había antes de la decisión del emir cordobés un asentamiento estable? La cuestión ha sido tratada durante siglos con o sin intencionalidad propagandística. Dejando a un lado las

teorías fantasiosas, la hipótesis visigótica ha ido perdiendo apoyos a medida que las excavaciones han ido evidenciando una falta total de indicios que apunten a esa dirección. No obstante, aún sigue latente y de vez en cuando surgen propuestas de un nacimiento visigodo ante cualquier mínima pista que pudiera apoyar tal hipótesis. A pesar de ello, la teoría del origen islámico es hoy la opción que se ha impuesto y la práctica totalidad de especialistas descartan cualquier otra.

Sin embargo, esta teoría islámica plantea dudas: ¿cuál fue la naturaleza del nacimiento de Madrid? Si se sitúa su cuna en la decisión de Muhammad I, aquella fue militar. Pero ¿fue una fundación *ex novo*? Una serie de hallazgos en torno a la actual calle Segovia y la constatación de una habitabilidad en la zona de Las Vistillas al menos desde el siglo IX (Mazzoli-Guintard, 2011, pp.81-82) abren la posibilidad de un pequeño asentamiento previo a la construcción del castillo: un reducido grupo humano se habría instalado a comienzos del siglo IX en la colina sur, aprovechando las condiciones naturales que ofrecía el área. Poco después se levantaría la fortaleza en la colina norte. Este primer grupo estaría compuesto por bereberes procedentes directa o indirectamente del norte de África —quizá tras la evacuación de estos grupos de la cuenca del Duero, o tras huir de los ataques de 'Abd al-Rahman I a los Nafza en Coria tras la rebelión de Muhammad ibn Yusuf en Toledo—¹.

Para comenzar partiré dando por bueno un asentamiento bereber previo a la construcción del castillo. Ello conllevaría que el origen de Madrid tuvo un carácter campesino. Aunque aparentemente pudiera ser un dato poco relevante, la naturaleza de su nacimiento define el modo en que la primera población madrileña concibió el espacio donde se asentó y la forma en que lo organizó para su supervivencia. Comprender el papel que ejerce un espacio natural en sus habitantes resulta imprescindible para el conocimiento de cualquier recinto. Por ello daré en las próximas páginas un gran protagonismo a las condiciones naturales en las que se desarrolló Madrid, ya que fueron clave tanto a la hora de organizar su fisonomía y economía —abastecimiento, industrias, trazado viario, etc.— como a la hora de concebir la realidad en el sistema de representaciones.

Parece claro que el paso de Madrid a manos castellanas fue pacífico, sin batalla alguna en su interior o intermediaciones que pudiera ser determinante para el devenir de la medina. El cambio se produjo a través del acuerdo entre los reyes

¹ El *Muqtabis* nos informa que la región que englobaría, entre otras, a Madrid estaba habitada y dominada por grupos bereberes (Guichard, 1976, pp.396-397), lo que confirmaría ese origen de la primera comunidad madrileña.

Alfonso VI de León y Castilla y Al-Qadir de Toledo, por el cual las plazas fuertes de su reino, incluida Madrid, pasaban a manos del primer rey. Esta rendición voluntaria se traduciría en una serie de garantías de seguridad y de movimiento para la comunidad musulmana que decidiera permanecer bajo dominio castellano. Ello permitió la continuidad de un sustrato islámico (ahora mudéjar) en estas localidades. No parece, por tanto, que se produjera una despoblación, lo que aseguraba la supervivencia de la tradición islámica de una u otra forma.

El marco cronológico en el que se inserta este trabajo coincide con lo que se ha considerado como periodo medieval de Madrid. Soy consciente de las implicaciones que supone el uso de términos como Medieval, Edad Media o siglos medievales. Con ellos se crea una limitación temporal que para muchos aspectos es artificial y solo responde a criterios decimonónicos. No obstante, los emplearé: en primer lugar, por puro convencionalismo, con el fin de no dificultar la comprensión de este trabajo, ya que su uso identifica claramente el periodo al que me estoy refiriendo; y en segundo lugar, porque, en el caso de Madrid, sí que conlleva una serie de transformaciones lo suficientemente profundas como para legitimar poner un necesario punto final al estudio. Así pues, ese marco cronológico abarca desde el nacimiento del recinto en el siglo IX hasta la llegada de la corte a la villa. Sin embargo, en ocasiones me adentraré en centurias posteriores para aclarar algunos aspectos que pudieran quedar incompletos.

Aunque la intención es dar una imagen general, la presente investigación pretende poner especial atención al proceso de transición que experimentó la sociedad madrileña con el traspaso de la autoridad de manos islámicas a las cristianas entre los siglos XI-XIII. Son, a mi entender, siglos fundamentales en la historia de la ciudad, pues tuvo lugar entonces la fusión de elementos autóctonos —fundamentalmente bereberes— con los traídos por los primeros grupos cristianos que se asentaron tras la llegada de las autoridades castellanas. Su resultado sería la configuración de los elementos definitorios de la sociedad madrileña de los siglos inmediatamente posteriores.

Hoy son visibles algunos (muy pocos) elementos del pasado islámico y de su paso a manos cristianas. El lienzo de muralla situado en las inmediaciones de la catedral de la Almudena es, sin duda, el testimonio más conocido y mejor conservado de aquella historia. Pero no voy a quedarme simplemente en el plano material. Junto con estos restos existe un legado quizá menos visible; una herencia simbólica que se configura en esos primeros siglos de vida y que, modificada y alterada, permanece a lo largo del tiempo y acaba formando parte del conjunto de elementos ideológicos que definen la identidad de una comunidad.

En Madrid, a pesar de los grandes cambios experimentados, a pesar de la heterogeneidad de sus gentes y de sus calles, de los procesos de gentrificación y despersonalización de algunos de sus barrios, se ha mantenido buena parte de unos elementos identitarios que hunden sus raíces en el periodo medieval. Por ello, este trabajo pretende adentrarse también en el simbolismo medieval madrileño, a pesar de las dificultades que ello conlleva, especialmente para el periodo islámico.

Con ello busco la impronta del islam en la sociedad cristiana tanto en la realidad como en el imaginario de la villa de Madrid a través de un elemento concreto. Pero se ha de tener en cuenta que hablar del islam madrileño supone hacer referencia a las *interpretaciones* que de la fe de Mahoma hizo la comunidad musulmana bereber. A pesar de los esfuerzos ortodoxos de las instituciones religiosas, el islam presente en la Península no fue homogéneo, como tampoco lo era, ni lo es, en el norte de África, cuna de la población *mayrití*². Tampoco la comunidad madrileña lo fue: junto con unas autoridades profundamente islamizadas y arabizadas, el resto del vecindario posiblemente conservara algunas de las tradiciones preislámicas de su región de origen. Quizá allí podríamos encontrar algunas raíces de nuestro imaginario. ¿Una mentalidad madrileña con ascendencia norteafricana? En un primer momento podría resultar bastante sorprendente, pero no es una idea tan descabellada. Lógicamente hay que ser cautelosos, pues el sustrato castellano ha tenido un peso esencial en la configuración mental madrileña. Pero también fueron claves algunos de los elementos aportados por aquella comunidad que decidió asentarse en la loma de una colina, al pie del Manzanares, procedentes tiempo atrás de zonas al sur del estrecho de Gibraltar. Esos elementos pasarían por un proceso de recodificación para ser aceptados por la sociedad cristiana, hasta convertirlos en identidades que aún hoy se pueden apreciar.

Hasta el momento no he mencionado cuál es el eje central en torno al cual gira este trabajo, aunque el título ya parece dejarlo claro. Mi objeto de estudio es el agua que estuvo presente en el área originaria de Madrid y su relación con la primera sociedad madrileña. Abordaré la cuestión desde dos perspectivas distintas: el agua como objeto material y el agua como objeto simbólico. En cuanto al plano material, me centraré en cómo la sociedad se aprovechaba de este recurso, cómo sobrevivió gracias a aquella, cómo satisfacía sus necesidades básicas; cómo

² Emplearé el término *mayrití* para referirme a la población madrileña durante el periodo de dominación islámica.

mo la explotaba económicamente; cómo la empleaba para determinadas obligaciones o divertimentos; o cómo se defendía o se intentaba defender frente a las catástrofes hidráulicas. La segunda perspectiva consiste en entender el agua como objeto simbólico. En este sentido, me adentraré en el mundo del imaginario colectivo, de lo mágico y de lo religioso. En definitiva, en el conjunto de representaciones simbólicas en torno al preciado líquido.

¿Y por qué el agua? La razón principal reside en que considero imprescindible conocer la relación que el ser humano estableció con el elemento natural para comprender una comunidad social determinada. Los ríos, arroyos, lagos y lagunas, superficiales o subterráneas, han sido cuna de grandes, medianas y pequeñas civilizaciones: Uruk, Ur, Kish, Lagash, Babilonia, Tenochtitlán, Roma, Londres o París tienen a su lado el nombre de una realidad hidráulica. A esta lista se le une una infinidad de asentamientos que también establecieron una relación vital con el agua, entre ellos, Madrid.

Ríos y lagos no han sido solo lugares donde asentarse. También han sido en muchas ocasiones claves para la organización de los diferentes espacios en los que transcurre la vida del ser humano, han delimitado fronteras, han dividido países, regiones o jurisdicciones, y han creado áreas destinadas a diferentes fines: abastecimiento o actividades económicas como cultivos urbanos o determinadas industrias.

Tampoco hay que olvidar el gran valor que ha supuesto siempre el agua en el campo militar, tanto en el ámbito defensivo como en el ofensivo. No escasean los ejemplos de ríos que han funcionado como defensas naturales de una ciudad. El Manzanares, en el caso de Madrid, también tuvo esa función, aunque siempre como refuerzo adicional a la muralla y a la colina natural. Por contra, el agua constituía un punto a tener en cuenta por el ejército atacante para hacerse con el control de una ciudad: el bloqueo del sistema de abastecimiento hidráulico podría significar la rendición rápida de un emplazamiento y ahorrarse así muchas jornadas de un tedioso y largo asedio.

Sin salir del ámbito militar, el agua ha sido causa de grandes disputas, e incluso de guerras entre diferentes comunidades, lo que confirma su indudable valor estratégico. La cuestión del agua es fundamental, entre otras cuestiones, para entender muchos conflictos a lo largo de la historia, desde guerras hasta fricciones administrativas. Sin salir de nuestro país, periódicamente nos llegan noticias sobre disputas entre diferentes comunidades autónomas con el agua como razón de ser: prácticamente todos los veranos se producen rifirrafes entre la comunidad de Castilla-La Mancha y la Comunitat Valenciana por el trasvase Tajo-Segu-

ra; especialmente duro fue el del verano de 2015 por el descenso del caudal que experimentó el gran río a su paso por el campo manchego, bien por ese trasvase, bien por los pinchazos ilegales. Estas disputas también se reproducen a nivel local a causa de las actuales iniciativas de privatización por parte de muchos municipios españoles, lo que ha suscitado la oposición de su población. Las hostilidades locales por el control del agua fueron también habituales en el periodo medieval, especialmente entre el Gobierno municipal y particulares, que buscaban privatizar su uso, ávidos de hacerse con un elemento no solo necesario, sino con connotaciones sociales y de prestigio.

En definitiva, considero que resulta imprescindible el estudio de la relación establecida entre los núcleos urbanos y el agua presente en el área en sus diferentes expresiones para conocer con mayor profundidad la sociedad que se intenta reconstruir. La relación se estrecha especialmente en las poblaciones preindustriales, donde se registraba una fuerte dependencia hacia el medio físico³.

Retomo ahora la cuestión de la reconstrucción de los orígenes de Madrid a través de hipótesis. Ello entraña algunos riesgos. En ocasiones surgen teorías cuyos planteamientos parecen tan firmemente sólidos que acaban constituyendo un consenso generalizado entre especialistas, permitiendo aclarar ciertos aspectos hasta entonces ocultos. Pero ese consenso puede acabar derivando en una especie de verdades absolutas, inmutables, que parecen rechazar cualquier posición crítica o son muy difíciles de rebatir. Ello puede a la larga significar un estancamiento en el desarrollo de nuestro conocimiento. Aquí entra en juego la protagonista de la obra. En la historia hidráulica madrileña podemos encontrar algunas de esas verdades comunes. Una buena parte de las obras que han tratado los usos del agua en Madrid han solido repetir la hipótesis que Jaime Oliver planteó sobre el abastecimiento hídrico hace más de sesenta años. Esa reiteración dio a sus planteamientos un carácter definitivo, creando la imagen de que el enigma de cómo obtenía agua la primera comunidad madrileña está resuelto y silenciando las pocas voces que lo cuestionaban. Uno de mis objetivos es recuperar esas voces y darles mayor contundencia, con el fin de dar una respuesta alternativa a ese enigma cerrado en falso. Es necesario reimpulsar la historia hidráulica

³ «Si focalizamos la atención sobre el periodo medieval, parece evidente que el agua sigue siendo un fuerte condicionante del hábitat, hasta el punto de haberse afirmado que es uno de los protagonistas, aunque en la sombra, de la historia de esos siglos [...]. Desde luego la sociedad medieval era muy sensible al respecto, procurando en todo momento garantizarse la disponibilidad de tan preciado producto, pero también utilizándola de todas las formas posibles» (Val, 2003, pp. 15-16).

madrileña, estancada desde hace ya alguna década, y hacer que se sacudan los muchos lugares comunes que aún la rodean. Nuevos planteamientos lo harán posible, porque, como escribía Pierre Guichard (1976), no se necesita que una hipótesis sea verdadera, sino que sea fecunda (p.16).

Las dificultades a las que he hecho mención al comienzo se agudizan a la hora de tratar el agua en los orígenes de Madrid, especialmente para el periodo islámico. Para contrarrestarlo y elaborar hipótesis sólidas, se hace necesario unir a los datos disponibles sobre la ciudad la información que nos pueden aportar otras localidades cercanas o similares sobre las que nuestro conocimiento es mayor. Teniendo presentes estas realidades, se puede reinterpretar esas pocas fuentes y obtener así nuevos datos hasta ahora enterrados. La comparación con otras realidades se hace, por tanto, imprescindible para elaborar planteamientos que logren reabrir el debate en algunos aspectos ya trabajados con anterioridad y abrir el camino a otros que han permanecido en silencio hasta ahora.

La obra comienza con un capítulo dedicado a las condiciones naturales del área donde se asentó Madrid. No es un simple apartado introductorio. Considero que resulta esencial conocer de dónde se parte, y tener muy en cuenta el entorno natural, para poder entender cómo se organizó la primera comunidad madrileña y, en este caso, cómo estableció su relación con el agua. Teniendo presente estas condiciones, quizá algunas de esas verdades absolutas comiencen a tambalearse.

En los siguientes capítulos se aborda la relación que la comunidad madrileña estableció con el agua y cómo influyó a la hora de formular las estrategias para sobrevivir, a través de un sistema de abastecimiento adaptado a la realidad, a la hora de plantearse su organización espacial y económica, y los mecanismos para defenderse de las destrucciones que también provocaba su presencia.

Los tres últimos capítulos de la obra corresponden al plano de lo simbólico. En ella me adentraré de nuevo en esa relación entre la población madrileña y el agua, pero, en esta ocasión, en cómo esta influyó y estuvo presente en la elaboración de su conjunto de representaciones: identidades, religiosidad y simbolismo. Por ello, tendrán entonces el protagonismo figuras como san Isidro, el río Manzanares, el propio nombre de Madrid, los poderes mágicos del agua, sus funciones estéticas o su relación con el poder tanto civil como religioso.

Me gustaría también señalar que en las próximas páginas he querido emplear un lenguaje inclusivo y he evitado en la mayor medida de lo posible el empleo del masculino como genérico. En su sustitución emplearé términos más inclusivos, como vecindario, población, comunidad, etc., o el uso de ambos géneros cuando lo crea necesario o inevitable. La aparición de manera individual del género mas-

culino o femenino es totalmente consciente; en tales casos se hace referencia a un determinado grupo de hombres o de mujeres.

A pesar de ese camino difícil, los orígenes de Madrid es una historia que merece ser contada y oída. No es una frase construida desde un particular orgullo madrileño o desde una mirada altiva sobre el resto de ciudades españolas. En esta historia no hay fundaciones mitológicas o populares, ni legendarios guerreros o monarcas ligados a su nombre, ni grandes batallas de conquista o defensa. No hay épica alguna en esta historia. Su nacimiento fue humilde y su evolución se podría calificar de tranquila, sin ruido, como una ciudad más dentro del territorio andalusí, primero, y castellano, después. Sin embargo, resulta peculiar. En primer lugar, porque detrás de ese humilde origen se esconde la característica definitoria de la península ibérica con respecto al resto del continente europeo: la confluencia de una tradición islámica con las características de una sociedad cristiana. Ello no la hace muy diferente a otras localidades peninsulares. Sin embargo, se produjo una circunstancia que la va a hacer especial: se convirtió en la sede de un imperio. Ello entronca con la segunda de las razones de su peculiaridad. Ese origen también esconde un drama: el de la sistemática destrucción de su legado material para adaptarse a la llegada de la corte. Pero esa destrucción también afectó a sus raíces. La humildad y tradición islámica de su nacimiento no se ajustaba a la imagen ideal para la sede de los Habsburgo. Quienes escribieron entonces la historia comenzaron a esconder su verdadero origen y, en su lugar, en libros académicos y de divulgación elaboraron una serie de leyendas fundacionales que vinculaban la ciudad con el mundo clásico. La tapadera obstaculizó en parte la elaboración de análisis más rigurosos y puso las bases de una serie de lugares comunes difíciles de atajar incluso en la actualidad. Cuando siglos después se hicieron irrefutables las verdaderas circunstancias de sus orígenes, se relegaron al ostracismo y se desvió la atención hacia momentos más llamativos de la historia madrileña: la época de los Austrias o la guerra de Independencia, entre otros. Sin embargo, y lo que resulta más llamativo de esta primera historia de Madrid, es que, a pesar de todo el proceso de destrucción, en una ciudad tan enorme, tan transformada y en ocasiones tan inventada y repensada, aún hoy se pueden apreciar algunas reminiscencias de aquel pasado humilde y de aquella confluencia entre la sociedad islámica y la cristiana, momento en que se forjaron esos símbolos identitarios de Madrid. Y en ese proceso, el agua tendrá un papel esencial. Ello hace que una aproximación a los estudios hidráulicos se antoje imprescindible para comprender mejor aquellas primeras comunidades madrileñas, germen de nuestra actual sociedad.